

EL BIENESTAR DE LA EDUCACIÓN O LAS FORMAS IMPERFECTAS DE TIEMPO

Luis NÚÑEZ CUBERO
Universidad de Sevilla
Clara ROMERO PÉREZ
Universidad de Huelva

«El tiempo ya no es sólo considerado como el de la evolución o el de los períodos de ruptura, sino en su omnipresencia. Aparece como un componente de lo social una parte constitutiva de su dinámica, un motor continuamente en acción» (Balandier, G.: 1994:57, 2ª ed.)

Referirnos al «bienestar de la educación» en una época trazada en virtud de acelerados cambios, corre el riesgo de convertirse en un discurso ilusorio u optimista en exceso. Ante la celeridad de los avances científicos y técnicos, nuestras actuales sociedades parecen quedar enclavadas en una *cultura imaginaria*, «accidental», *extraña al ser*, que tiende a truncar las posibilidades del hombre en lo que concierne a la selección y modelización de la naturaleza y vectorialidad de los cambios, y por lo que respecta a la limitada concesión que ofrece a la condición humana, a la que reduce hasta extremos insospechados, al constreñirle la capacidad de traducir el impacto del cambio en «efectos oportunos» (en tanto que deseados), obstaculizando para ello, la creación de condiciones mentales y emocionales óptimas en el hombre, que le permita asimilar las transformaciones despojándolas de tonos amenazantes.

El ritmo de los cambios está condicionando notablemente la dinámica social condenándola a la inercia. La dinamización del nuevo orden social instalada en las nuevas tecnologías como impulsoras del cambio, comienzan a recrear sociedades en «estados críticamente inestables» (Laszlo, E.:1988) cuya evolución no se puede predecir de antemano. El hombre tiende a percibir esta incertidumbre como una limitación de su acción, que escapa ya a su dominio, y lo traduce como incapacidad en su intento de alterar dicho estado crítico. Paulatinamente, las sociedades comienzan a percibirse como «sociedades de riesgo», generando prácticas culturales que correlacionan con la incertidumbre y con lo impredecible de un futuro que no se sabe a ciencia cierta qué dirección o estado va a adoptar. La celeridad de las transformaciones ha vaciado a la historia de su carácter teleológico y, con ello, el abandono de los meta-relatos. La historia evolutiva del hombre y la sociedad no ofrece ya garantías absolutas de continuidad. El dominio tecnoevolutivo ha hecho presencia de modo visceral en nuestra cultura y el hombre apenas si ha tenido ocasión para definirse en nuevos referentes espaciales y temporales. La «amnesia constitutiva de la ciencia y la técnica», tal como plantea Hottois, G. (1991) aproxima al hombre a una *temporalidad* radicalmente nueva que intuimos más des-estabilizadora que estabilizadora para el hombre. Abandonados los mensajes que albergaban «utopías esperanzadoras universales», estamos asistiendo en la actualidad a una cultura que anima, entendemos, peligrosamente al sujeto al abandono de toda acción situándolo en una posición, si cabe, de *resignación*. Una cultura

que instalada en una «sociedad de riesgo» se define por los marcos de referencia temporal prop de la producción técnica (el presente desfuturizado) limitando así la extensión de los horizontales temporales de los hombres que apenas pueden albergar esperanzas, sencillamente porque tiempo de que se dispone para materializar las expectativas se halla amenazado de una inestabilidad que comienza a percibirse como «endógena».

Conviene, pues, a la educación reflexionar detenidamente sobre este nuevo estado de cultura no sea que los patrones hacia los que apunten las acciones de formación la lleven a edificar sobre una cultura imaginaria, inexistente o, en todo caso, «temporalmente paralizada» que trae como correlato una limitada confianza en *sí misma* para idear y realizar proyectos, debido a las limitaciones de los nuevos tiempos.

Si entendemos por cultura el «vector argumental que da sentido y continuidad a nuestras vidas, memorias y proyectos» (Oltra, B.: 1995:19), puede parecer nos que una de las consecuencias que la tecno-evolución haya traído consigo, sea la de haber originado una pérdida bastante costosa para el hombre: la pérdida del elemento «cultura» como *marco referencial que aglutina*—parfraseando a Oltra, B. (Op. cit)— «un argumento tejido de argumentos», depositados en tiempo, por el propio hombre. En nuestras «sociedades de riesgo», la cultura suele más bien ser percibida y recreada por los sujetos como *objeto de consumo* antes que como *acción creativa portadora de sentido*.

La aceleración temporal de nuestra época ha cobrado, en cierto sentido, su primera víctima: la *instrumentalización de la cultura* y, con ello, la *instrumentalización del hombre*, lo que supuso desplazar el interés por idear nuevas metas que atribuyan sentido a nuestras acciones, a interesar—cuanto menos de forma convulsiva— en *llegar a consumirlas*. Los argumentos contemporáneos de la cultura tienden a hacer prevalecer esta última postura, anclada sobre los ejes de producción y consumo sobre las que se apoyan las tecnologías de la velocidad.

Watzlawick, P. (1995) introduce en su obra «El sinsentido del sentido o el sentido del sinsentido» un célebre proverbio japonés que dice así: «es mejor viajar cargado de esperanzas que llegar al punto de destino». Creemos que uno de los grandes retos que se presentan a la educación en el estado actual de la cultura, apela a su función como *agente cultural* en este aspecto: crear las condiciones óptimas que hagan posible por parte del sujeto la «atribución de sentido» o, lo que es lo mismo, la *creación de argumentos más allá de la efimereidad* de las producciones mercantiles y la tecnociencia, así como también facilitar las claves y referentes espacio-temporales más adecuados para que los sujetos puedan enclavar dichos «argumentos con sentido» en el corazón mismo de su historia (espacio-tiempo) personal y social.

Situarse en un mundo cambiante exige partir de una educación aperturista, conciliadora y abierta a lo desconocido, lo próximo/lejano-impredecible, lo próximo/lejano-deseable. Desde el punto de vista del sujeto, las «formas imperfectas de tiempo» pueden asegurar un marco referencial sólido que lo lleve a articular acciones culturales creativas con sentido. En lo que concierne a la educación, supone para ella la reconversión de las formas reduccionistas de los tiempos de producción (asociadas a actividades de formación) por otras que concilien *el presente de la técnica* y *el presente futurizado sobre el que se estructura todo proyecto existencial*. Las formas imperfectas de tiempo aproximan a la educación, de un lado, a un tiempo acomodaticio y adaptativo que la sitúa directamente en un entorno altamente cambiante; de otro, a un tiempo creativo portador de sentido, por el que los procesos educadores se comprometen a utilizar selectivamente el presente social de cara al proyecto existencial del hombre.

LA NEUTRALIZACIÓN DE LO REAL-EXISTENCIAL EN LAS SOCIEDADES DE RIESGO

Las sociedades de riesgo han recreado una dinámica del cambio que exigen al hombre contemporáneo la construcción de una nueva cultura que le permita *convivir* con situaciones altamente mutantes. La convivencia, no obstante, se hace difícil especialmente cuando las mutaciones sobrevienen sin la mediación de la *espera*. Ocurre entonces que el impacto del cambio se superpone a los efectos amortiguadores de la espera, lo que hace al hombre interpretar la experiencia del cambio en términos de amenaza, dada la celeridad con la que éste ocurre. La espera, en cierto modo, siempre ha acompañado al hombre. Sabemos que todo proyecto existencial cobra fuerza en virtud de la espera, que marca –como expresaba Sartre– la distancia que separa al hombre de la realización de sus deseos. Sabemos, por el contrario, que las innovaciones que protagonizan los dictámenes de la tecnociencia cobran fuerza «compitiendo contra el tiempo», lo que lleva entonces a reducir las demarcaciones temporales que alientan la culminación de todo proyecto. En estos esquemas, la espera se interpreta como pérdida, como derrota, como «tiempo muerto o improductivo».

El estado actual de nuestra cultura participa, en gran medida, de esta estrategia reduccionista. La lógica del instante, de la actualidad del acontecimiento, de lo real, lo perceptible, lo contingente, comienza a nutrir las nuevas bases culturales de las sociedades contemporáneas: la cultura del instante, la cultura del consumo abierto a una infinitud de productos (incluso el tiempo libre y de ocio de los sujetos), la propia educación, que se esfuerza en comercializar sus bienes culturales ajustándolos a las necesidades del mercado. Todos estos hechos no los juzgamos a priori como negativos si no es porque se observan ciertas contradicciones entre los mensajes liberadores del tecno-progreso y las lecturas que, a partir de ellos, traducen las estructuras narrativas que acompañan todo proyecto humano. Dichas lecturas suelen expresarse, generalmente, en términos de pérdida de la capacidad de confianza del hombre en sí mismo como realidad existencial, como creador y hacedor de proyectos.

Sea como fuere, no podemos negar que esta sociedad de riesgo ha abierto inmensas posibilidades al hombre. Sin embargo, el impacto del progreso y los avances tecnológicos en la realidad íntima del hombre, están siendo caldo de cultivo de una cultura que tiende a confundir la lógica de la velocidad y la producción, propia de la tecnociencia, con la lógica de la dirección y la orientación selectiva del ámbito de lo vital-humano. Esta vez, los límites los impone la técnica; ésta ha liberado al hombre del trabajo pesado, ha hecho de él un ser menos dependiente de la naturaleza, le ha hecho accesible una nueva realidad que ha sabido desafiar al tiempo de la naturaleza, se han vertebrado nuevas vías para articular una comunicación más fluida entre los hombres, ... pero todos estos avances no han seguido una trayectoria similar en todos los ámbitos. Y, así, si nos situamos en aquellos dominios que conectan más directamente con lo íntimo y biográfico del mundo vital –ámbitos que se apartan de la lógica de la velocidad, cuyos reajustes no están expuestos al arbitrio de dinámicas aceleradas– constatamos que lo real-existencial ha salido mal parado en esta nueva etapa civilizatoria.

La sociedad de riesgo se instala en una cultura sintética, «de laboratorio», con la que se intenta preservar al hombre de las consecuencias de un futuro imprevisible. Para ello, la sociedad de riesgo ha vehiculado una cultura que succiona los límites de lo *existencial* diluyendo los proyectos en «programas» hechos a gusto y medida «del sujeto», pero no diseñados y elaborados

por él. Así, el sujeto tendrá múltiples posibilidades de elección, aun cuando su contenido vendrá configurado de antemano por la antesala de una empresa cultural sofisticada que, unida a la lógica de la celeridad, enmascara su «mensaje programático» tildando sus planes¹ anónimos de tintes presumiblemente individualizadores. La intrusión de tiempos sociales poderosos con son en la actualidad los que derivan de la economía y la tecnología [tiempo circular, el primer tiempo: producción-consumo; tiempo disruptivo, el segundo: instantes frente a instantes] ocultan la naturaleza dialéctica del tiempo personal-existencial bajo estrategias de sincronización, encaje temporal y disolución de la duración (Lewis, J.D. y Weigert, A.J.: 1992). El «efecto bumerán» de la tecnociencia no se hace esperar, como ha señalado Jacquard, A. (1994). Espacio, tiempo, objeto, sujeto,... se vuelven opacos e irreconciliables. Se han encargado de ello, los procedimientos ilusorios con los que opera la cultura que introducen las actuales sociedades para rodear un futuro del que apenas se conoce su naturaleza.

LOS ARTIFICIOS DE LA CULTURA

El modus operandi de la «cultura sintética» o de «laboratorio» opera mediante procedimientos disuasorios. Acceder a «lo real más incierto» (Balandier, G.: 1994, 2ª ed.) ha sido traducido por la cultura contemporánea en términos de contingencia, acontecimiento, actividad, lo que aparece a los sentidos *aquí y ahora*, lo simultáneo,... Estos operadores culturales, constituyen nuevos sistemas de referencia que sirven al sujeto y al sistema social para encarar la *velocidad de las transformaciones*. Recreada sobre la base de una realidad empírica, simplificada, suspendida de recorrido, los procedimientos disuasorios de la cultura pretenden *aliviar* la presión temporal a que se ve sometido el hombre de hoy ante la prontitud y simultaneidad con la que se suceden los cambios. De esta forma, el arbitraje de lo real incierto en nuestro estado actual de la cultura viene mediado por determinadas imágenes cuya interiorización, por parte del hombre, corrige el riesgo de desbanca las acciones vitales y reducirlas a meras actividades de supervivencia:

LA SUSPENSIÓN DE ESPACIO Y TIEMPO

Una de las imágenes que con más fuerza se proyecta en la conciencia de los sujetos remite a un espacio-tiempo vacíos de *distancia* y de *duración*. La ausencia de pasado, el acortamiento

¹ Lo que distingue, ciertamente, un *proyecto* de un *plan* o *programa* es que mientras el primero adquiere su significado remitiéndose a sus fundamentos, su nudo argumental, el segundo es extraño a la cuestión del ser remitiendo en todo momento sus argumentaciones a la cuestión del hacer, aquello que contiene de ejecutable, es un tiempo presencial, el plan pre-visto de antemano.

² Jacquard, A. (1994) expresa el impacto de los modelos científicos y tecnológicos imperantes en términos de «efecto bumerán», que muestra la conducta pernicioso que ha alentado al hombre en sus ansias de dominar la naturaleza haciendo para ello responsable a la ciencia y a las nuevas tecnologías de sus deseos. Esto ha ocasionado paulatinamente una pérdida de control del hombre sobre sí mismo, que ha visto colonizados sus proyectos imaginados y deseados por el tiempo tecnocientífico, excluyendo para entonces el sentido de la «duración» [el instante como duración cero, se erige como piedra angular de cualquier plan en el ámbito de lo mediado cibernéticamente; por el contrario, el tiempo como duración se impone como criterio existencial por excelencia].

del futuro hasta lograr ser mimético con el presente y la inmediata permeabilidad del espacio representan nuevas experiencias mediadas por las nuevas tecnologías de la comunicación, la informática y, en general, por el universo mediático. Las experiencias espaciales de «proximidad/lejanía», «privado/público», y las propiamente temporales tales como las de «pasado/presente/futuro», se vacían de fronteras, de continuidad. A pesar de disponer hoy día de un universo mediático por el que nos es posible acceder de modo inmediato a un sinnúmero de espacios –las técnicas informáticas han logrado sintetizar en sus programas, un universo tan ficticio como real: el «ciberespacio», al que se puede acceder, «vía internet», a través de una pantalla de ordenador– lo cierto es que *transitar* por ellos se convierte en una tarea no exenta de profundos riesgos para el hombre. Despojado el espacio de su halo protector, vinculante, afectivo –deja de ser «morada», al bordear sus propios límites– sólo es posible llegar a experimentarlo como «escenario mutante», teñido de acontecimientos. Por ello, con frecuencia, el espacio se vuelve inhabitable para el hombre; se le ha exigido transformar su condición de residente por la condición de nómada o trashumante. Las distancias –aparentemente– se han diluido. La proximidad de lo presencial vincula al sujeto con los otros³.

La espacialidad actual parece construirse sobre la base de un «vivir juntos separadamente» [co-presencia] (Balandier, G.:1994). La información fluye sin cesar entre los simultáneos, algo distinto a lo que ocurre con los procesos de comunicación que se hacen cada vez más densos y opacos.

La velocidad ha colonizado nuevas formas de espacialidad y temporalidad aglutinadas bajo un nexo común: la simultaneidad, o lo que es lo mismo, la reducción de la distancia y de la duración a su valor cero. Es la «imagen de la metamorfosis» (Jiménez, J.:1993) que presentan las sociedades de riesgo edificadas sobre el «predominio de la superficie y en la pérdida de toda densidad en el proceso de tiempo» (Op.cit:274). Disuadir al sujeto de un espacio amenazado por la distancia y de un tiempo futuro mediado por la incertidumbre, hacen que espacio y tiempo queden suspendidos necesariamente de perspectiva. La cultura sintética valorará, en este sentido, todo lo que esté al alcance del sujeto de modo inmediato, los tiempos que difieran la llegada de un futuro amenazador e incierto; lo tangible, perceptible y convulsivamente instantáneo. De este modo, aproximamos a lo real incierto supondrá adentrarnos en una realidad en movimiento tejida de simultaneidades.

LA MEMORIA DOLORIDA

La inmersión del sujeto en una temporalidad espacializada, local y contingente explica algunas de las patologías temporales características de nuestro final de siglo: la pérdida de memoria. La amnesia contemporánea, sin embargo, no es absoluta, sino parcial y selectiva. De tal modo que podría afirmarse, como sugiere la reciente obra poética de Mario Benedetti

³ Sin embargo la pérdida de distancia en el espacio no supone tanto una revalorización de la proximidad, cuanto de presencialidad. Así lo expone Peñalver, M. (1991:20) a partir del siguiente ejemplo: «Lo que nos hace vecinos no es tanto la proximidad como la presencia. (...) El prójimo no es el próximo, sino el interlocutor activo. Muchos prójimos están lejos porque están en la ausencia, casi en la inexistencia. Muchos lejanos son mis prójimos porque están presentes, son mis simultáneos porque son posibles cooperaciones en la acción».

(1995), que el «olvido», no obstante, «está lleno de memoria». Se trata de una *memoria dolorida*, cuya disposición defensiva, la lleva públicamente a actuar a modo de contra-memoria: esto es, como *olvido*, o como *evocación nostálgica* al «recuperar las imágenes» de un tiempo pasado que escasamente guarda relación alguna con el presente. Las sociedades de riesgo intentan evadirse del tiempo [el imperio de lo efímero que Gilles Lípovetsky] –por aquello que contiene de opresor–, a la vez que van tomando conciencia de las limitaciones a las que éstas se somete: el presente se vuelve caduco antes, incluso, de que el sujeto llegue a aprehenderlo en su totalidad.

En cierto modo, las sociedades de riesgo, son víctimas de su propia estrategia; a fuer de situarse en lo perceptible, diseñan una imagen caricaturizada de lo real, a modo de anécdota; a fuerza de someterse a los imperativos de las tecnologías de la velocidad y la producción, ha reducido al hombre a la condición de productor y consumidor, antes que como ser creativo.

La «falsa memoria de los ordenadores» (Chesneaux, J.:1988) ha diseñado una memoria anónima; el pasado es parcelado en las imágenes de archivo propias de las tecnologías de la información. La memoria se hace «anónima», desvinculada de la memoria personal y colectiva. Se trata de la memoria a-histórica, una memoria aséptica que procesa el pasado como simple dato, sin relaciones, vacío de argumentos. Una memoria que sólo cobra sentido «por la forma en que se emplea en la vida social» (Gergen, K.:1992:139).

EL SUJETO PARALIZADO

La cultura de las sociedades de riesgo han diseñado un universo aparentemente libre de valores hegemónicos, neutral, accesible a todos, sin demarcaciones espaciales que puedan impedir la transitabilidad de los sujetos, sin horizontes temporales que, justamente, por su condición de «horizontes» –parafraseando a Luhmann, N.:1992) no pueden ser alcanzados por el hombre al estar situados siempre al «final del recorrido», deshilvanados de argumentos y mediados, a lo sumo, por guiones simplificados, fragmentados,... Una cultura anónima funcional, que no posee ya referencias históricas y que aparta al sujeto de su condición como creador de historia y hacedor de proyectos. Como estrategia defensiva, el sujeto se esfuerza por desbancar el mundo exterior replegándose sobre sí mismo; aún así, los intentos de definición del sujeto se hacen difíciles. Las fronteras de identidad para el sujeto no son de todo nítidas, lo que pone en peligro la voluntad de ser. De este modo, como afirma Touraine A. (1993:267-273), vivimos, de un lado un «individualismo narcisista»; de otro, sentimos nostalgia del ser, de proyectos; por último, nos situamos por referencia a un sistema que abandona al sujeto como actor [la propuesta luhmanniana de una sociedad sin hombres] y desde el que se identifica como resultado de un proceso de inmersión social. Ocurre así que «llevamos a cabo varias vidas y experimentamos con tanta fuerza el sentimiento de que ese sí mismo es lo contrario de nuestra identidad que huimos de ésta mediante una droga o sufriendo simplemente los apremios de la vida cotidiana» (Touraine, A.:Op.cit.: 269). El sujeto parece quedar paralizado en un universo fragmentado, mutante. El movimiento lo abrumba, la quietud le es extraña. El sujeto contemporáneo experimenta su propia ausencia víctima de su propia hibernación. Sea replegado sobre sí mismo, sea desbancado por la funcionalidad del sistema, el sujeto paralizado está ganando el pulso a toda experiencia de acción creativa.

EL BIENESTAR DE LA EDUCACIÓN O LAS FORMAS IMPERFECTAS DE TIEMPO

Mediada por la velocidad, la lógica de lo concluso y alcanzado –el tiempo diluido en lo inmediato– certifica los niveles de productividad y sensibilidad que capacitan a todo plan o programa en su proceso de adaptación a las condiciones de cambio. La lectura que sobre esta lógica ha formulado la educación como estrategia de acción ha significado una *traducción*, casi literal, de estos supuestos de cara a la práctica educativa. Nada hay de ilícito en este planteamiento por cuanto suponga de mejora, de alteración de una realidad que pueda ser optimizada para el progreso del hombre. Sin embargo, como apunta Jacquard, A. en «Éste es el tiempo del mundo finito» (1994), aquello que puede parecer un hermoso intento de *liberación* para el hombre, puede llegar a convertirse en la experiencia más peligrosa de *encerramiento*. Quisiéramos detenemos, llegados a este punto, en esta afirmación y formular, de cara a la educación, algunos interrogantes que nos permitan adentrarnos en el conocimiento de algunos de los comportamientos actuales de la acción educadora a su paso por la institución escolar. Comportamientos que de insistir convulsivamente en adoptar las formas perceptibles del cambio –casi de modo exclusivo–, podrían llevar a la educación a operar tan sólo mimética y no creativamente con la realidad.

De acuerdo con estos presupuestos, los comportamientos a los que aludimos, los situamos en un doble plano o perspectiva: a) el comportamiento adaptativo-funcional de los sistemas de educación; b) el comportamiento creativo de las acciones educadoras.

COMPORTAMIENTO ADAPTATIVO-FUNCIONAL

Los sistemas de educación deben aprender a convivir y evolucionar conjuntamente con los cambios dinámicos de las sociedades actuales. Los procesos de adaptación en un mundo cambiante exigen a la educación procesar y actuar respecto del cambio operado en su entorno a partir de un «tiempo real» como sugirió Joël de Rosnay en el «Macrosopio». De acuerdo con este enunciado, la educación habría de adoptar un comportamiento adaptativo altamente sincronizado con su *entorno inmediato*, lo que supone maximizar posibilidades reales de interacción–educación y entorno social, a partir de las cuales pueda obtenerse con celeridad, por parte del sistema–educación, aquella información relevante que le permita modificar sus patrones de comportamiento. Se dice que la educación procesa y responde con lentitud a los cambios, lo que viene a significar que la velocidad de reacción del sistema–educación, o lo que es lo mismo, la «magnitud de su tiempo de respuesta» no se corresponde con las exigencias de una sociedad dinámica, expuesta a la lógica de la velocidad mediada por las nuevas tecnologías y la logicidad de la producción.

Ahora bien, sin negar el valor funcional que este comportamiento adaptativo pueda tener de positivo para el «bienestar de la educación» en un entorno en constante movimiento, entendemos que las acciones educadoras no debieran reducir sus componentes temporales a un mero ejercicio acomodaticio y mimético con la realidad. El comportamiento adaptativo de la educación parece edificarse en una temporalidad baldía, yerta, presentificada, tan caduca y efímera –pero a la vez, tan real– como el tiempo social que la condiciona.

Sin la mediación de la *espera*, los procesos de adaptación se desvelan como efectivos mecanismos de engranaje y ajuste a la realidad social, debidamente sincronizados con ella. De acuerdo con estos supuestos, podría afirmarse que las concepciones sistémico-tecnológicas de la educación tienden por regla general a definir de este modo el comportamiento adaptativo de las acciones de educación. El bienestar de la educación se identifica desde la perspectiva de una temporalidad cerrada, llena de necesidades a satisfacer y que presionada por el tiempo externo, plantea una lectura programática del tiempo de acción. El bienestar de la educación coincidiría, en este caso, con las formas perfectivas de tiempo.

COMPORTAMIENTO CREATIVO

Todo comportamiento creativo se halla vinculado al movimiento. Dicho movimiento lejos de ser apresado o sometido a control deviene para el acto creativo una suerte de «juego libre», por el que la acción creadora transgrede el orden espacio-temporal de lo real-presencial (sometido a la ley de la decadencia), haciendo posible la creación de un nuevo espacio-tiempo que vaya más allá de lo material sensible. De este modo, el acto creador opera sobre una forma mental de espacio-tiempo abarcador y activo dando cuenta de la estructura dinámica y relacional de la realidad. El bienestar de la educación se sitúa, en este sentido, en las formas imperfectas de tiempo, que obliga a la conciencia educadora a experimentar todo suceso *en la corriente del tiempo*. El pensamiento funcional característico de nuestras sociedades resulta extraño al tiempo mismo (no así al espacio), por lo que el pensamiento creativo se ve obstaculizado. La racionalidad funcional no puede dar cuenta de la duración de los fenómenos puesto que los contempla como hechos aislados ubicados, a lo sumo, en el eje de sucesión temporal. Suspensión del tiempo, memoria dolorida y sujeto paralizado constituyen los resultantes de una cultura imaginaria, ficticia (escasamente creativa) que, a fuerza de situarse en un marco artificial, detiene justamente el movimiento.

Una cultura que se conciba como «acción creativa portadora de sentido», un «argumento tejido de argumentos», requiere la construcción de un nuevo escenario para su desarrollo. El comportamiento creativo de la educación se hace hoy tanto más necesario si cabe, como estrategia preventiva para combatir una acción paralizada sometida a las presiones de un movimiento acelerado. El comportamiento creativo no niega o rechaza el orden funcional y secuencial sobre el que se rigen las acciones adaptativas de la educación, pero no se *limita* a él. Si crear consiste en «dar vida» a algo más allá de lo presencial-sensible, la educación constituye un proceso creado por excelencia. Las acciones paralizadas en el tiempo, se agotan en el acto mismo. Las acciones creativas, por el contrario, extienden la duración del acto, sin imponerle límites. El bienestar de la educación supone, desde esta perspectiva, situarla en las formas imperfectas de tiempo mediante las cuales el comportamiento adaptativo no quedaría reducido a un mero ejercicio acomodaticio, sino a un ejercicio de creación que, mediado por una *espera activa*, fundamenta sus acciones aplicando esquemas ideales e intencionales, no sometidos a ordenación cronométrica alguna. Las formas imperfectas de tiempo aglutinan los horizontes temporales, sin los cuales la educación no podría *fixar su mirada creativa* y alcanzar posteriormente, el argumento-visión que ha venido persiguiendo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BALANDIER, G. (1994): **El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales**, Gedisa, Barcelona, 2ª ed.
- BHOM D. y PEAT, D. (1988): **Ciencia, orden y creatividad. Las raíces creativas de la ciencia y la vida**, Kairós, Barcelona.
- DE ROSNAY, J. (1977): **El Macroscopio. Hacia una visión global**, AC, Madrid.
- GERGEN, K.J. (1992): **El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo**, Paidós, Barcelona.
- HOTTOIS, G. (1991): **El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia**, Anthropos, Barcelona.
- JACQUARD, A. (1994): **Éste es el tiempo del mundo finito**, Acento Editorial, Madrid.
- JIMÉNEZ, J. (1993): **Cuerpo y tiempo. La Imagen de la metamorfosis**, Destino, Barcelona.
- LASZLO, E. (1988): **La evolución. La gran síntesis**, Espasa-Calpe, Madrid.
- LEWIS, J.D. y WEIGERT, A.J. (1992): «Estructura y significado del tiempo social», en RAMOS TORRE, R.: **Tiempo y sociedad**, Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI, Madrid, pp. 89-132.
- LIPOVETSKY, G. (1991): **El Imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas**, Anagrama, Barcelona.
- LUHMANN, N. (1992): «El futuro no puede empezar: estructuras temporales en la sociedad moderna», en RAMOS TORRE, R.: **Tiempo y sociedad**, Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI, Madrid, pp. 161-182.
- OLTRA, B. (1995): **Cultura y tiempo. Investigaciones de Sociología de la Cultura**, Aguaclara, Alicante.
- PEÑALVER, M. (1991): «Los disfraces del tiempo en la escena del presente», Discurso de Apertura del Curso Académico 1990-91 en la Universidad de Cádiz.
- TOURAINÉ, A. (1993): **Crítica de la modernidad**, Temas de Hoy, Madrid.
- WATZLAWICK, P. (1995): **El sinsentido del sentido o el sentido del sinsentido**, Herder, Barcelona.